«Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del gobierno nacional en México, á 29 de Enero de 1856.—*Ignacio Comonfort.*—Al ciudadano José María Lafragua.»

Y lo comunico á V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes.

«Dios y libertad. México, Enero 29 de 1856.—*Lafragua.*—Exmo. Sr. gobernador del Distrito.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN CHURUBUSCO EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1871

POR EL

CIUDADANO LIC. GENARO RAYGOSA.

CIUDADANO PRESIDENTE.

Señores:

Los grandes acontecimientos en la historia de los pueblos, proyectan en el porvenir mas ó ménos profundamente su recuerdo. Las épocas luctuosas, los períodos de intenso sufrimiento, los momentos supremos en que la angustia se apodera de una nacionalidad que ha sufrido el convulsivo estertor de la agonía, se repercuten dolorosamente en la memoria de cien generaciones: hacen vibrar en lo mas íntimo del corazon, en lo mas recóndito del alma, la fibra siempre delicada de la sensibilidad herida; destienden bruscamente el resorte de la dignidad hollada, y exaltando el amor santo de la patria con el recuerdo de las humillaciones que pasaron, despiertan en las masas el deseo de la venganza, fácilmente infamable con el relámpago del odio.

Entre los anales desgraciados casi siempre de nuestra vitalidad política, ninguno hay sin duda que haga nacer mas espontáneamente un sentimiento de rencorosa indignacion, como el recuerdo de la injustificable guerra americana. Pueblos hermanos por sus tendencias y sus

instituciones; ligados solidariamente por inmensos intereses y derechos santos; con tradiciones igualmente heróicas, y un destino semejante en la grandiosa propaganda de la democracia y la emancipacion humana, parecian designados por la Providencia para marchar de acuerdo en la espléndida ruta del progreso; para desarrollar en armonía en el terreno vírgen de la América, la simiente fecunda de la prosperidad pacífica; para inaugurar, en fin, en este suelo, arrancado por los gloriosos esfuerzos de sus hijos á la dominacion tiránica del Viejo-Mundo, el reinado de la libertad y del derecho, alzándose magníficos sobre los escombros pulverizados para siempre del odioso sistema colonial.

Rotas las cadenas de la esclavitud política; borradas por el hálito de la fraternidad las barreras antagónicas que las preocupaciones levantaran entre dos razas tan disímbolas; asegurada por el concurso recíproco la germinacion tranquila de sus tendencias civilizadoras; sellada heróicamente con la sangre de un millon de mártires la conquista de sus libertades públicas, y destruidas para el porvenir las ligaduras de añejas tradiciones, las dos jóvenes Repúblicas, robustecidas por su apoyo mutuo, vogando sin obstáculo en el Océano sin límites de su prosperidad creciente, y haciendo irradiar sobre la vasta extension del Nuevo-Mundo la luz de su ejemplo y sus doctrinas, habrian inaugurado una época fecunda en beneficios para la humanidad entera, y ejercido una influencia mas decisiva aún en sus destinos.

Y México, mi patria, mi patria tan ardientemente amada, marcharia hoy libre y feliz, tranquila y poderosa; su trasformacion social y pública se habria realizado sin derramar la sangre de sus hijos; y su nombre no habria sido presa del escarnio, ni su territorio dividido; ni su hermoso pabellon, cubierto con las glorias de la independencia tan heróicamente conquistada, habria tenido que plegarse ante la soldadesca insolente y vencedora que descargó como una tromba sobre nuestro suelo, en el año lúgubremente memorable de 47. Pero la fatalidad arrulló su nacimiento; la desgracia se cirnió sobre su cuna, y la brillante aureola que circundó su frente victoriosa, se convirtió bien pronto en triste velo funerario. La discordia se introdujo entre sus hijos; el hermano se levantó contra el hermano, y la enérgica vitalidad de un pueblo jóven se consumió impotente en sus constantes luchas intestinas. El extenso horizonte de su porvenir político, la vasta perspectiva de su prosperidad naciente, fueron tan solo ensueños de un instante, ilusiones desvanecidas al nacer, tristes recuerdos que llenan de amargura, brillantes esperanzas destruidas por el soplo de la adversidad. La desesperacion, el desaliento; esa languidez indefinible que produce el encono tenaz de la desgracia; ese indiferentismo cruel que se apodera del que sufre sin descanso la obstinada presion de la fatalidad, marchitaron la fé en el porvenir; ahogaron la luz de las creencias, y este pueblo infeliz, sin energía para oponerse al rigor inexorable del destino, y perdida la conciencia de sus propias fuerzas, se convirtió en dócil instrumento de mezquinas ambiciones acercándose á pasos de gigante hácia el abismo. Y la República vecina, que marchaba con asombrosa rapidez al engrandecimiento colosal que la hemos visto alcanzar en nuestros dias, en vez de tendernos una mano generosa, azuzaba nuestras discordias interiores; daba pávulo á nuestras reyertas fratricidas, y cuando el abatimiento de una larga lucha desgraciada habia agotado todas nuestras fuerzas; cuando los odios de partido y la rivalidad política nos habian profundamente dividido, y el tesoro estaba exhausto y muerta la esperanza, y la energía perdida, lanzó sobre nosotros al feroz filibustero, que desbordando como una avalancha irresistible desde lo alto de los montes rocallosos, sembró por todo nuestro territorio la muerte y el espanto.

Terribles, pero sublimes momentos aquellos en que un pueblo atrozmente torturado por el infortunio, siente el estremecimiento de ansiosa espectativa ante la tempestad que amenaza hacerlo desaparecer. Momentos de angustia que no mide el tiempo; que no se explican si no se han sentido y que en sus mil alternativas de animacion y abatimiento, aumentan prodigiosamente la vida, ó consumen de una vez el último resto de energía.

Miéntras el ejército de Scott atravesaba audaz el Golfo mexicano, una agitacion inmensa se apoderó de todo el territorio: el cadáver revivia un instante bajo la influencia magnética de la próxima invasion extraña, y pudo considerarse como un augurio de ventura, el relámpago ardiente de entusiasmo que inflamó por todos los ámbitos de la República el amor santo de la patria, tan inminentemente amenazada. Se improvisaron ejércitos de ciudadanos, se reunieron como por encanto provisiones y recursos: la guardia nacional de los Estados se

puso en movimiento, y una actividad vertiginosa hizo preparar en abundancia municiones y bagajes para la próxima campaña. Los bellos dias de Atenas y de Esparta lucieron aún en nuestro suelo, y al estallar sobre la heróica Veracruz las primeras bombas de los enemigos, los valientes defensores de la independencia salieron de la capital de la República, acompañados por las bendiciones entusiastas de todo el pueblo mexicano, con la fé en el corazon y la confianza en la justicia santa de su causa; y tranquilos con la conciencia del deber cumplido, esperaron sin temor el ataque de los invasores en la memorable posicion de Cerro-Gordo.

Al ver allí ese ejército brillante y numeroso, firmemente decidido á reprimir la audacia del filibustero, y esperando impaciente el momento de la lucha, era imposible dudar de la victoria; era imposible creer en la esterilidad de tantos y tan heróicos sacrificios y pensar en la catástrofe tremenda que debia pronto aniquilarle.

El destino, sin embargo, lo habia dispuesto de otro modo.

La ineptitud de los jefes del ejército cambió en desesperacion y desaliento aquella perspectiva halagadora, y la derrota mas completa cubrió de luto y de vergüenza los restos desgraciados de aquel puñado de valientes. La desmoralizacion no conoció ya límites; el pánico cundió rápidamente por todo el territorio, y á aquel entusiasta movimiento de un instante sucedió la mas desconsoladora desconfianza, y la inmovilidad terrible del espanto. Las derrotas sucesivas llevaron hasta lo increible el desaliento, y cuando en la mañana del 19 de Agosto de 47, el ronco estampido del cañon en los campos de Padierna, interrumpia por primera vez el silencio magestuoso de nuestro hermoso valle, el presentimiento de una desgracia nueva, fatal é irreparable, extinguió el último resto de esperanza: la consternacion se apoderó de todos, y en la congojosa incertidumbre y el aspecto dolorosamente resignado de los habitantes, pudo leerse la agonía sangrienta de la patria.....

El 20 de Agosto de 1847 sucumbia en las lomas de Padierna la mas florida division de nuestro ejército. El vencedor americano, insolente, irresistible, creyendo decisiva la batalla, avanzaba sobre el camino de la capital arrollando á su paso los obstáculos de San Antonio, Coyoacan y Zotempingo, y acosando sin descanso nuestra retaguardia

que se replegaba en desórden, en tropel, desanimada por tantos descalabros hácia la segunda línea de defensa preparada por el general en jefe. Todo parecia perdido sin remedio. Vencedores y vencidos iban á penetrar al mismo tiempo en la desgraciada capital de la República. El Puente de Churubusco acababa de caer en poder del enemigo. Una sangrienta escaramuza le detuvo allí un momento miéntras el resto del ejército continuaba retirándose.

Los americanos siguieron avanzando. La division Twiggs iba á la vanguardia. Estaban á dos leguas de la capital, á quinientos pasos del convento; comenzaban á penetrar en columna cerrada en Churubusco. De repente, á quemaropa, sufrieron una espantosa descarga de artillería y fusilería. Eran los defensores del convento, del último punto avanzado de la primera línea de defensa, que saludaban dignamente la aproximacion del vencedor.

La columna americana se detuvo sorprendida y asombrada. Creia todo terminado y se encontraba un nuevo obstáculo desconocido é imprevisto.

Los defensores del convento eran apenas unos seiscientos ochenta paisanos salidos del taller, sin la instruccion ni la experiencia que solo se adquiere en los campos de batalla. Tenian encima todo el ejército invasor, triunfante y orgulloso. Sabian que iban á morir y estaban tranquilos. Habian visto pasar los restos de nuestras tropas desmoralizadas por la derrota, diezmadas por la metralla, desanimadas por la adversidad, exhaustas por la fatiga del combate, y no se habian desalentado. Eran un puñado contra una multitud. Estaban abandonados y sin esperanza de socorro. No tenian municiones ni víveres bastantes, ni estaba terminado el parapeto, ni dotada convenientemente su escasa artillería. Comprendian todo esto, y sin embargo, estaban resignados. Combatir, era todo lo que deseaban. Sacrificarse por salvar el ejército y tal vez la capital, era toda su ambicion. Sonreian de orgullo y de felicidad ante la perspectiva de dar su vida por la patria..... Aquellos hombres eran héroes: contra esos héroes iban á medir sus fuerzas las columnas vencedoras.

Repuestos de su sorpresa los americanos volvieron á cargar y fueron rechazados. El convento parecia de fuego; de todos sus flancos brotaban opacas llamaradas y el estallido apenas intermitente del ca-

ñon señalaba á cada instante nuevos vacíos en las filas de los asaltantes. El combate se prolongaba con ventaja para los heróicos defensores del convento. Los americanos habian sido rechazados dos veces con pérdidas enormes. La victoria comenzaba á sonreir á los valientes guardias nacionales. Allí, entre ellos, dirigiendo la batalla, estaban los intrépidos generales Anaya y Rincon, y el esforzado coronel Peñúñuri, y Mendez y Aguilar, y Martinez de Castro, serenos y tranquilos, animando con su ejemplo á sus soldados. Allí estaba tambien el Gavroche de aquellas barricadas, el valiente jóven Villamar, que subiendo sobre el parapeto desde el principio del ataque, permaneció allí durante todo el tiempo de la lucha, expuesto y sirviendo de blanco al fuego de los asaltantes.

Los americanos entretanto habian circunvalado enteramente nuestra posicion. La retaguardia estaba cortada: la division de Worth marchaba por aquella parte; Twiggs atacaba por el frente, y una fuerte columna amenazaba el flanco derecho de los defensores del convento. El combate se generaliza en pocos instantes. Los valientes de Churubusco no desmayan, sin embargo; su entusiasmo no decae; rechazan á la bayoneta en una lucha prolongada cuerpo á cuerpo, el ataque de su derecha, que estaba descubierta.

Cuatro horas habia durado ya aquella defensa heróica; las municiones comienzan á escasear; el fuego sostenido con tanta tenacidad va apagándose con lentitud; el parque enviado por Santa-Anna solo ha podido servir á la compañía de San Patricio, que se bate aún sosteniendo el honor de la defensa con un valor extraordinario, pero por desgracia estéril. Aquel convento, que momentos ántes arrojaba por todas partes torrentes de fuego, enmudece repentinamente; ni un solo tiro sale de sus flancos, y sus defensores, con la muda desesperacion de la impotencia, descansan con tristeza sobre sus armas descompuestas. Ningun arbitrio quedaba ya de resistencia; ninguna esperanza de prolongar la lucha. La fatalidad se habia puesto del lado de los asaltantes; la victoria, voluble y caprichosa, les volvia tambien la espalda. Nuestros soldados se replegan silenciosos al fondo del convento esperando tranquilos el fallo de su suerte. Ni un momento pensaron en rendirse: la idea de capitulacion no cruzó un instante por aquellos héroes.

Los americanos se sorprenden con aquel silencio repentino, cuya causa ignoran. Vacilan todavía algunos momentos en avanzar sobre nuestros parapetos; están dominados aún por el terror de aquella lucha y recelan algun ardid de guerra en aquella calma inesperada. Avanzan por fin: el capitan Smith salta el primero sobre la muralla abandonada, y comprendiendo lo que pasa, enarbola la bandera blanca para contener á la desenfrenada turba que le sigue. Aquellos valientes defensores de la patria les esperan sonriendo con el orgullo del deber cumplido; entregan sus armas con el silencioso desden del que sucumbe á la fuerza ciega del destino adverso; pero no pueden reprimir un movimiento de concentrada desesperacion al ver izarse el pabellon de las estrellas sobre ese hermoso teatro de su heróoica lucha.

.....

Así terminó ese episodio, por tantos títulos glorioso, de la desgraciada campaña de 47.

El alma fatigada por la serie increible de desastres que pesaron rudamente sobre nuestro país infortunado, siente un momento de consuelo al contemplar el heróico sacrificio de un puñado de valientes que supieron colocar tan alto el honor de nuestra patria. Ellos sucumbieron; pero con imperecedera gloria: sacrificaron su vida en defensa de su suelo; pero á sus esfuerzos se debió la salvacion en aquel dia, del resto del ejército y de la capital de la República. La patria agradecida consagra anualmente su memoria, tributándoles un homenaje de veneracion y de respeto. Sus nombres ilustres, grabados con caractéres indelebles en el corazon de todo mexicano, los recuerda á la posteridad ese humilde monumento levantado por el pueblo al frente del teatro de su gloria.

Mexicanos: al depositar hoy sobre la tumba de los Héroes de 47 la corona de laurel que han merecido sus hazañas, recordad la influencia desastrosa de vuestras discordias intestinas; pensad en las humillaciones sangrientas que las reyertas fratricidas han aglomerado sobre nuestra patria infortunada, y sacrificando en holocausto sublime sobre el sepulcro de esos mártires ilustres vuestros odios de partido, afirmad para siempre en las indestructibles bases de la union el reinado de la PAZ y la FRATERNIDAD.

México, Agosto 20 de 1871.